

AGENDA CIUDADANA

MEXICO O LA LARGA GESTACION DE LA CIUDADANIA

Lorenzo Meyer

Indicadores.- En última instancia fue una inesperada y copiosa lluvia de otoño pero ya no, como en el pasado, la violencia de la policía, el ejército, la “Brigada Blanca” o los “Halcones”, lo que enfrió los ánimos de los manifestantes que el 27 de noviembre se reunieron en la Ciudad de México para protestar ante los poderes Ejecutivo y Legislativo, por una abigarrada serie de razones: la supuesta intención de privatizar la generación de la energía eléctrica o del petróleo, la falta de solución a los asesinatos que se cometen desde hace diez años contra mujeres en Ciudad Juárez, la posible acción contra instituciones públicas dedicadas a la creación artística, etcétera.

Por otro lado, los medios de comunicación, salvo las inevitables excepciones, ya no buscaron ocultar o distorsionar el reclamo sino que, básicamente, informaron. Finalmente, desde el otro lado del espectro social y político, las organizaciones empresariales publicaron en desplegados sus razones para urgir al gobierno y a los legisladores a llevar a cabo las reformas que, desde su perspectivas, son necesarias para darle seguridad al capital. Es evidente que México no es un país donde las cosas van “de maravilla” como afirmó el presidente Vicente Fox, pero obviamente algunos aspectos evolucionan en la dirección correcta, particularmente la actitud y acciones de la sociedad frente a sus autoridades y las de éstas frente a aquella.

Cada vez más, la sociedad civil mexicana y su contraparte, la sociedad política, están empezando a interrelacionarse y a comportarse como se supone que es lo normal en los sistemas modernos y democráticos. Ahora bien, para apreciar este hecho hay que tomar como punto de partida el que, por siglos, entre nosotros la normalidad fue la ausencia de la sociedad en el proceso de toma de las decisiones políticas. Para entender lo mucho que significa en México que la sociedad pueda con naturalidad exigir, reprobar, disentir y, en fin, actuar de manera

independiente frente a la autoridad, hay que echar la vista a nuestro pasado. Sólo así podremos evaluar como y cuanto hemos avanzado y que le falta a nuestro desarrollo político.

El Arranque.- Para rastrear desde el origen las peculiaridades de las relaciones de la sociedad mexicana con sus estructuras del poder, podríamos remontarnos tan lejos al mil antes de Cristo --a los olmecas, primera civilización compleja entre nosotros y de la que tenemos algunos datos relevantes-- pero no es necesario ir tan atrás, con empezar en la época colonial es suficiente. Del siglo XVI al XVIII, una auténtica minoría --los españoles-- se impuso y dominó a millones indígenas primero y luego a sus inevitables productos: mestizos y criollos. Al momento en que se inició la lucha por la independencia en 1810, los indígenas en la Nueva España representaban ya no a la abrumadora mayoría de la población pero si al 60%, en tanto que los europeos, no pasaban de 15 mil y se mantenían como auténtica minoría (el 0.2%) y élite gobernante del total de los seis millones de personas que vivían en el enorme territorio de lo que hoy es México, el 40% restante eran criollos y mestizos.

Las relaciones de desigualdad extrema entre los pobladores originales --se les calificaba como “rústicos”, irreductiblemente diferentes de la “gente de razón”— y los europeos, tenían como base legal la soberanía del rey de España sobre los dominios americanos. Los pobladores de Nueva España, organizados en corporaciones que iban desde los pueblos de indios hasta las organizaciones de comerciantes o mineros, tenían derechos y obligaciones no como individuos sino como miembros de sus respectivos cuerpos sociales. Todos podían ser escuchados en relación a las cuestiones de su entorno pero no podían pretender influir en los “altos asuntos de la política” que sólo eran tratados en España y en el marco de una monarquía absoluta y una burocracia centralizada --cuyo corazón era el Consejo Real y Supremo de las Indias, al otro lado del océano.

La Conducta de la Sociedad como el Arte de Resistir.- Los tres siglos coloniales dejaron bien arraigada en México la idea que la política era asunto no de los pocos sino de los muy pocos -- parte del designio divino era que el grueso de los hombres nacían para ser mandados y sólo un

puñado para mandar--, y que los grandes cambios de autoridades y de políticas –por ejemplo, cuando los Borbones transformaron la forma de gobernar de los Austria-- tenían origen externo. En la práctica, y para el grueso de los novo hispanos, la política fue básicamente el arte de resistir. Formalmente las disposiciones del monarca se acataban, pero en la práctica los súbditos del mundo colonial hacían todo lo posible para modificarlas en aquello que afectara los derechos ya adquiridos de los grupos o gremios o de plano no las obedecían.

Al final del siglo XVIII una monarquía empeñada en sacar el máximo de recursos económicos de sus colonias en América, agudizó las estrategias de resistencia del grueso de la sociedad de Nueva España. Y justo en medio del escándalo por la expulsión de los jesuitas y del resentimiento por nuevos impuestos y exacciones, ocurrió un cataclismo político: la Revolución Francesa, la invasión napoleónica de España, la prisión del monarca y el estallido de la lucha popular por su independencia en la península. Así, de golpe y porrazo, se abrió en México la discusión y disputa en torno a la soberanía. Además, el apuro de una España en guerra contra el invasor francés, condujo a que se les otorgara a las colonias americanas la igualdad política con las provincias españolas. El liberalismo de las Cortes de Cádiz permitió que por primera vez representantes de la heterogénea y polarizada sociedad novo hispana --los diputados enviados desde México a las cortes en España-- tuvieran voz y voto en los “altos asuntos de la política”. Pero esa apertura de último minuto no valió; Hidalgo y un puñado de criollos de El Bajío optaron por acelerar el proceso de captura de la soberanía, e invitaron a las clases mayoritarias –indios y mestizos— a incidir directamente, por la vía armada, en el proceso político.

Para legitimar la hasta entonces inimaginable rebelión popular, Hidalgo se escudó en una supuesta defensa del rey y de la religión. Tuvo que ser un cura mestizo de Carácuaro y Necupétaro, José María Morelos y Pavón, quien en 1814 llamara al pan, pan y al vino, vino y firmara el documento que proclamaba abiertamente como objetivo de la insurrección la independencia de la América Mexicana. Luego, tras el fracaso militar, las clases subordinadas

fueron empujadas a sangre y fuego a su lugar tradicional, pero ya nada pudo volver a ser como antes y en 1821 México se separó de España.

La independencia y, sobre todo, el establecimiento de la república, abrió una mayor presencia para la sociedad en un proceso político que, en esencia, se propuso crear lo que aún no existía: un Estado nacional mexicano. La tarea resultó extraordinariamente difícil debido la tradicional división racial y social, al aislamiento geográfico de las comunidades y regiones, la creciente división entre los componentes de la nueva clase dirigente –una división entre monárquicos y republicanos, centralistas y federalistas, liberales y conservadores–, la pobreza del erario y la tendencia de los estados y las regiones a poner los intereses de las élites locales por encima de la vaga idea de nación. En efecto, crear a México como nueva entidad soberana tenía sentido sólo para un puñado de hombres capaz de imaginarla pero no así para las empobrecidas, explotadas y poco educadas clases populares, cuyas preocupaciones estaban más a ras de suelo.

En el caótico mundo del inicio de la vida nacional mexicana, la estrategia que siguieron muchos pueblos indígenas y mestizos, los pobres de las ciudades (léperos, pelados, vagos, etc.), los caciques y los que vivían fuera de la ley –bandidos, contrabandistas y similares— fue la de aislarse y resistir de mil formas pacíficas o violentas, la voluntad de dominio de terratenientes, grandes prestamistas y comerciantes, gobernadores, generales, un emperador austriaco apoyado por un ejército de ocupación francés y presidentes obsesivos del proyecto nacional, como fueron Benito Juárez y Porfirio Díaz. Al final todo se redujo a una serie de choques con potencias externas y una larga guerra civil que significó el combate entre élites que blandían ideas que poco o nada decían al mexicano común y corriente. En efecto, ¿qué podía significar para un campesino, pobre en extremo, que mal hablaba o no hablaba español y al que sólo le interesaba la subsistencia y la conservación de los derechos comunales términos tales como soberanía, ciudadanía, división de poderes, democracia, constitucionalismo y otras cosas similares? Finalmente, se estableció una república oligárquica que funcionó bajo el lema de “poca política y mucha administración”. La

gran masa social, e incluso las clases medias, fueron marginadas de nuevo de los asuntos centrales del poder. Las elecciones locales sirvieron apenas para que los poderosos de los estados ajustaran cuentas y las federales simplemente legitimaron lo ya decidido por la voluntad del presidente.

1910 o el Replanteamiento del Mismo Problema.- Como en el septiembre de 1810, el noviembre de 1910 volvió a ver la violenta e inesperada irrupción de las clases populares en la política por invitación de un joven miembro de la oligarquía terrateniente: Francisco I. Madero. Si en materia política la idea central del largo período colonial fue imponer y preservar la marginación institucional de la sociedad, en el siglo XIX continuó esa marginación a pesar de que se hubieran creado instituciones republicanas, democráticas y federales. Pero cuando en 1910 se presentó otra oportunidad, la sociedad volvió a irrumpir violenta y desordenadamente en el escenario del que una oligarquía liberal le había excluido.

A diferencia de lo ocurrido un siglo atrás, esta vez los rebeldes no fueron derrotados. Sin embargo, a semejanza del pasado, los nuevos líderes poco a poco volvieron a sacar a la sociedad de los corredores del poder, ésta vez, para encuadrarla en un nuevo corporativismo. Por un lado, estaban los sectores de un partido de Estado: CNC, CTM, CNOP, y por el otro, las organizaciones empresariales creadas por ley --las cámaras— pero también las que surgieron de la voluntad de los empresarios mismos: Coparmex, CCE, CMHN, etcétera. Como en la época colonial, el sistema buscó que la vida política transcurriera sin movilizaciones, sin independencia de los actores y se dejara la política en manos del partido y de una burocracia centralista. Y si bien ya no había un monarca absoluto, estaba un presidente-sol alrededor del cual giraban todos los cuerpos organizados. El ciudadano existía en los documentos y el discurso, pero poco en la realidad.

En ese arreglo, el actuar fuera de las organizaciones aceptadas o salirse de las órbitas autorizadas por la presidencia o por su equivalente local, provocaba una reacción que combinaba represión con cooptación, lo que mantenía a la sociedad mexicana desmovilizada. Fue sólo como resultado de la catástrofe económica de 1982 y de la imposibilidad del grupo en el poder de

encontrar el nuevo esquema que devolviera el vigor a la economía, lo que produjo las grietas por donde la sociedad empezó a colarse para actuar políticamente. La culminación de este proceso fue la elección del 2000 y la expulsión del PRI de la presidencia, aunque no del resto de las estructuras estatales.

El Presente y el Futuro Posible.- Hoy, y en términos generales, la sociedad mexicana puede por fin actuar y movilizarse por sí misma usando cauces institucionales (aunque no todas las arenas locales tiene un grado similar de libertad). Sin embargo, lo que aún falta es un mayor impulso a la organización social independiente. De acuerdo a una estadística recopilada en el año 2000 por el Centro Mexicano para la Filantropía, en el país había 6, 887 mil organizaciones no gubernamentales (ONG), que son la quintaesencia de la expresión de la sociedad civil. Esas ONG pueden parecer muchas, sobre todo si se le compara con veinte o treinta años antes, pero comparada nuestra situación con la que priva en las democracias maduras, resultan ser aún muy pocas. Salvo por votar el grueso de los mexicanos simplemente siguen sin actuar políticamente. Y por importante que sea, el voto por sí solo no es suficiente para arraigar la democracia.

Hoy, la vida política en México es democrática pero esta capturada y dependiente de las acciones ya no del presidente autoritario sino de las oligarquías que mal dirigen los partidos. Y esos partidos con muy poca legitimidad entre los ciudadanos son, hoy, los que toman decisiones vitales –las reformas fiscal o energética, los nombramientos en el IFE o en la Suprema Corte— sin que la sociedad mexicana pueda hacerse presente y tomada en cuenta en el momento oportuno. En ningún país el Congreso es un representante fiel de su sociedad, menos aún en México. Los medios de comunicación son canales de expresión de la pluralidad, pero tampoco son espejo fiel de los intereses del calidoscopio social. Por tanto, la vida democrática, para ser tal, requiere, además de la división de poderes y de unos medios de comunicación plurales y responsables, de la organización y movilización independiente de la sociedad. Hoy, cuando por fin los mexicanos podemos ya superar la añeja condición de súbditos y empezar a jugar el papel de ciudadanos, es

necesario asumir activamente ese papel, votando pero también marchando, formulando demandas, haciendo juicios, exigiendo responsabilidades, creando y alimentando a las ONG. En fin, si en términos generales nuestra clase política no ha estado a la altura de su desafío histórico, que no se diga lo mismo de la sociedad mexicana en su conjunto.